

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

## LAS BANDERAS.

II.

En lo más alto de erguida torre cuelga de un mástil y ondula desplegada al viento una bandera, que tiene algo de semejanza con el arco iris por la disposición y variedad de sus colores. Ninguno de estos presenta el menor viso de superioridad respecto á los otros: ninguno puede decirse que predomine materialmente en la enseña que los reúne, distribuidos en tres fajas, exactamente iguales en sus dimensiones, aunque tan diferentes por sus matices. Son estos el rojo de los Valois, el azul de los Orleans y el blanco de los Borbones.

Al tomar empero esta misma enseña en sentido translaticio, olvidase la parte heráldica de su origen, y desaparece el riguroso equilibrio de sus formas constitutivas. El emblema de la igualdad política pierde su igualdad matemática, y las fajas de que se compone han de considerarse aumentadas ó disminuidas, según fuere mayor ó menor la influencia que en una sociedad determinada ejercen las ideas que indican sus colores respectivos.

La bandera tricolor no es la simbólica enseña de una sola parcialidad política, sino la de varias que acordes en ciertas premisas no lo están con respecto á la extensión de sus consecuencias. Hay en unas el empeño de profundizar las teorías que han adoptado, y en otras cierta vacilación y miedo, porque no pueden menos de reconocer los peligros de

semejantes excavaciones. Aceptan todas el mismo punto de partida, emprenden el mismo camino, unas con el propósito de no recorrer más que un trecho determinado y con paso lento y cauteloso, otras dispuestas á seguir siempre adelante y á franquear todos los obstáculos que encuentren en su carrera. Precisamente ese camino está en una pendiente cuyo declive es mayor cuanto más se va bajando por ella. *Facilis descensus Averni.*

Esta discrepancia de opiniones, en que tienen quizás no pequeña parte el carácter y el temperamento de los que con tal ahinco las sustentan, produce interminables disputas de escuela, que empezando por riña doméstica llegan á veces al encono de civil discordia en que la pluma y la lengua arrojan todo género de proyectiles. Partidos que pertenecen á un mismo árbol genealógico luchan con un rencor fraternal, que es el más terco y agresivo de los rencores.

Más, prescindiendo de las miras interesadas y de las pasiones egoístas que suelen mezclarse en la contienda, fácil es dar razón del objeto sobre que versa. Conformes unos y otros en llevar por insignia la bandera tricolor, no pueden ponerse de acuerdo en orden á la respectiva proporción de sus fajas. Unos quieren más ancha la azul, otros más ancha la roja; convienen casi todos en que la blanca ha de ser muy reducida, y lo que á esta se le cercena ha de añadirse á las otras, si no se quiere transformar la bandera en gallardete.

Partidos hay que compendian su credo político en este breve apotegma: hoy mas liberales que ayer, mañana mas liberales que hoy. Es todo un programa que traducido á nuestro lenguaje viene á decir: la faja encarnada ha de ser hoy mas ancha que ayer, y mañana mas ancha que hoy, ó lo que es lo mismo, la faja blanca mas estrecha hoy que ayer y mañana mas estrecha que hoy. Así entienden ellos el progreso!

Sostienen que dia por dia las conquistas de la revolucion han de consolidarse, estenderse y ampliarse con otras nuevas, y ¿qué son las conquistas de la revolucion mas que un efecto del arte de tintorero? A lo blanco se le da una mano de azul, á lo azul se le da un baño de rojo. Quizas fuera posible lavarlos y volverlos todo á su color primitivo; pero á la menor sospecha de semejante designio se levanta un insistente clamoreo, y el grito de *reaccion!* asusta como el de una leona á quien se intenta robar uno de sus cachorros.

De esta suerte los que mas blasonan de estar dentro de la legalidad vigente, son los que mas impaciencia muestran por salirse de ella. Enarbolan su bandera tricolor, y la van enrojando á medida que avanzan por su camino. Allá en lontananza les aguardan los rojos agitando la suya: ¿será que vengan á las manos y se libre un sangriento combate? No: allá se darán un fraternal abrazo, puesto que sus respectivas banderas ostentarán igual colorido.

Y tal tiene que ser su paradero, ó tienen que desmentir su programa; á no ser que se diga que una cosa es la práctica y otra la teoría, ó que las ideas políticas no sirven para dirigir las sociedades sino para explotarlas. Esto no lo enseña la filosofía puramente especulativa; pero de ello nos da mas que suficientes ejemplos la historia contemporánea.

Otros partidos hay que desearian algo mas de estabilidad en las instituciones, y sin renegar de su origen y tendencias revolucionarias se jactan de llevar el título de conservadores. Los rojos les aborrecen, les injurian y les combaten solo por ceguera, ó mas bien tan solo por impaciencia. Tengan un poco de es-

pera, que ellos se les acercarán paulatinamente. ¿Qué importa que sea á paso de tortuga ó á paso de liebre, si al fin y al cabo han de andar su camino?

Descuellan entre los conservadores hombres de indisputable talento, y lo aplican á la fundicion y amalgama de teorías mas ó menos encontradas. Artífices ingeniosos, de sus crisoles no sacan el oro puro, sino una aleacion que tiene su metálica brillantez y á veces su hermoso parecido. Son oradores de gran valía y escritores que ejecutan maravillosos ejercicios de balancin con su pluma. Pero hay una cosa mas fuerte que la elocuencia con que exponen sus ideas, y es la lógica terrible de las mismas ideas que preconizan.

Si esta locucion no pecase de alambicada y violenta, diríamos que tratan de conciliar á Zenon con su criada. Se han propuesto nada menos que resolver el problema de andar y estarse quietos al mismo tiempo. No quieren ir por sus piés, pero consienten en dejarse llevar de la corriente. Si á lo menos abrigasen el firme propósito de retroceder hasta su punto de partida!

Compréndese que una tribu nómada por una sola noche plante sus tiendas en medio de un puente. Mas ¿qué diríamos de ella, si previendo los desastres que ha de ocasionarle el franquear la nueva orilla, jurase en su interior no repasar aquella de que ha salido? Los conservadores hijos de la revolucion están acordes con los que se apellidan mas avanzados, y convienen y propalan que las sociedades marchan, que nuestra época es una época de transicion, y por consiguiente que lo azul ha de disolverse ó bien en lo blanco ó bien en lo rojo.

Si un impulso fatal obliga á moverse ó ser movidos, si hay que efectuar este movimiento hácia la derecha ó hácia la izquierda, si á la derecha no quieren volverse por miedo al nombre de reaccionarios, ¿á qué lado se dirigirán los conservadores?

Blasonan de profundos y perspicaces, y sin embargo admiten como uno de los principios fundamentales de su régimen predilecto el juego de las instituciones. ¿Y en qué consiste

este famoso juego? Cogen dos muchachos un largo madero y lo atraviesan sobre otro algo levantado del suelo, colocándose uno en cada estremidad, alternan sus empujes, y en virtud del movimiento que le imprimen sube el uno y baja el otro para ascender á su vez cuando el primero descienda.

Adoptado de buena fe y lealmente practicado este principio, resultaria que cada cinco ó seis años, sin necesidad de previo conflicto, el partido que se llama avanzado ocuparia las regiones del poder para plantear su sistema preconcebido, para desarrollar las conquistas de la revolucion, para afirmarlas con leyes orgánicas y medidas trascendentales, para resolver todas las cuestiones políticas á su manera: en una palabra, para recortar la faja blanca y ensanchar la azul, para quitar tiras á la azul y añadir las á la roja.

Pero terminada la olimpiada ó el lustro de su dominacion, llegará el turno de los conservadores, y volverán las cosas á su estado primitivo.—Ah! no. Esto seria la tela de Penélope: ellos no han de desandar el trecho recorrido, porque son partidarios de la conservacion y no del retroceso; ellos no han de deshacer la obra de sus antagonistas, porque precisamente es uno de sus dogmas políticos el respeto á los hechos consumados. Si la sociedad se gangrena, si al fin perece, ¿qué importa? habrá fallecido sin menoscabo de las reglas del arte, y esto no dejaba de ser un consuelo para los médicos de Moliere.

Los conservadores se colocarán en las alturas sociales, disfrutarán las delicias del poder, dirigirán la nave del estado por el rumbo que iniciaron sus inmediatos predecesores; y estos entretanto, por la sencilla regla de mas liberales mañana que hoy, meditarán nuevas conquistas revolucionarias, formularán nuevas exigencias, trazarán nuevos proyectos para realizarlos tan pronto como torne á lucir para ellos la aurora de su elevacion.

Y volverán despues los conservadores, y con la misma fe y desprendimiento con que prometieron conservar su antigua bandera, se resignarán á conservar otra mucho mas roja. Y tendrán que hacerlo así so pena de faltar á

principios que han aceptado, de infringir leyes que ellos mismos se han impuesto.

Componen un partido legal que ha de ejercer poca influencia en la formacion de las leyes, puesto que en cierto modo se ha comprometido á carecer de toda iniciativa. Porque si intentara deslizarse algunos pasos por la pendiente revolucionaria, usurparia el oficio de otro partido que está con él en perpétuo antagonismo, cuyo concurso es un elemento necesario en su sistema y cuya rivalidad le es indispensable para verificar el juego de las instituciones; y si, conociendo que la sociedad se despeña, tratase de salvarla dirigiéndola hácia arriba, bien sabe que él mismo se ha cerrado el camino por miedo al mote de reaccionario, y por haber admitido ciegamente la obligacion de respetar los hechos consumados.

Así, hablando con todo rigor, pudiera decirse que los conservadores no tienen bandera propia, y que al encaramarse en lo alto del madero, sus aspiraciones han de limitarse á la triste gloria de ser los porta-estandartes de la que tremolaban sus rivales que en ella han distribuido los colores á su antojo.

Ahora decida un matemático, ¿qué será de la faja blanca, qué será de la faja azul, cuando ocho, diez, treinta veces se hayan repetido estas operaciones? Díganos los rojos, ¿qué necesidad hay de catástrofes y motines para llegar al colmo de sus deseos? Díganos los filósofos si en *la serena region de las ideas* son lógicas ó no estas deducciones de unos principios que los partidarios del moderno régimen han proclamado como inconcusos: díganos los moralistas si los conservadores cómplices por sus hechos de los desmanes, pasados, no son tambien por sus teorías cómplices ya de todos los futuros desbarros que se cometan durante sus periódicos interregnos. ¿Es ó no es todo cuestion de tiempo?

Oh! no hay duda: ellos son gente fina y acicalada. En el hojal de su levita llevaban ayer una rosa de Jericó, y hoy una de Alejandria; mañana la cambiarán con un encendido clavel, mas tarde con una flor de granado, y se llamarán todavía conservadores!

T. AGUILÓ.

## UNA TABLA DE SALVACION

EN EL TEMPORAL SOCIAL Y POLÍTICO QUE CORREMOS.

Meses hace que con este título se publicó en Barcelona un folleto, de aquellos que si bien escitan poderosamente el interés desde el primer momento de su aparicion, nunca es tarde sin embargo para ocuparse de ellos, porque su oportunidad no pasa. Bastónos leer su primera página para adivinar fácilmente bajo el seudónimo Antonio Diaz Lope al autor del *Sentido Comun*, del *Bien del Pais*, del folleto de *Ayer, hoy, mañana* ó sea *Deberes de los católicos*, y de tantos escritos como trascribimos ó extractamos en las columnas del primer tomo de LA UNIDAD correspondiente al año 1869, cuyo nombre, ya que no sea un secreto para nosotros, no nos juzgamos autorizados para revelar. El espíritu, las tendencias de esta nueva produccion son las mismas que caracterizan las anteriores, son las mismas tambien que han guiado desde el principio nuestra marcha: difícilmente pudiéramos hallar en otra publicacion de las contemporáneas mas analogía de ideas y de sentimientos. En la imposibilidad de reproducirla por completo, vamos á dar de ella un resúmen, si es que resúmen consienten la importancia de sus consideraciones y la rapidez de su estilo.

## I.

## LA GRAVEDAD DE LA SITUACION.

¿Merece tal vez nuestra situacion mover tan á lástima, como los españoles suponemos? En el orden religioso ¿ha llegado nuestra fé al punto de persecucion y dura prueba que sobrellevan desde ochenta años los católicos polacos, y desde tres siglos los católicos irlandeses? En el orden político ¿hemos humillado la frente bajo el yugo de la dominacion que pesa sobre dichos pueblos? En el orden económico ¿hemos puesto quizás á prueba nuestro sufrimiento en la desnudez y en la miseria por espacio de una larga série de años que hayan deshojado la flor de la esperanza?

Rebajemos notablemente el tipo de comparacion, y viniendo al estudio de calamidades que daten de mas reciente fecha, demos imparcial respuesta á las siguientes observaciones: ¿No son incomparablemente mas graves las calamidades que en breve tiempo hemos visto desatarse sobre Francia? Y suponiendo análogos á nuestras desventuras los infortunios que han venido sobre Italia, ¿por dónde ha de ser tal nuestro quebranto, si se compara con el cuadro de doce años que la península itálica está ofreciendo al mundo?

Véngase á pedir ahora, ó véngase á esperar un remedio próximo. ¿Por dónde los españoles hemos

de tener derecho á ser un pueblo privilegiado? ¿lo merece una especial entereza de nuestra fé? ¡Oh! si por esto ha de venir el remedio, no cometamos la ridiculez de disputar á polacos é irlandeses la preferencia de merecerlo. ¿Dependen acaso de nuestra regeneracion grandes influencias de accion y de propaganda sobre la tierra? ¡Ah! si por esto ha de venir un pronto remedio, no se lo disputemos á Italia, donde necesita residir independiente y libre la cabeza visible de la Iglesia. Y á despecho de esta gran necesidad, Dios la viene contemplando por espacio de doce años; y todavía no parece haber sonado la hora providencial de un eficaz remedio.

Y tres años de desconcierto que han pasado sobre España, ¿han de darnos motivo á esperar lo que Italia, é incomparablemente mas que Italia, lo que la santa sede no ha podido obtener en doce años? Españoles, si teneis fé, levantadla á este orden de consideraciones; y si los infortunios son enviados como una expiacion, viendo lo menos que hemos padecido, adivinaremos en algun modo lo mas que nos falta padecer.

Por espacio de muchos años la generacion presente ha empleado con holgura su actividad en dar desusado crecimiento al lujo, en fomentar el apego á los intereses materiales, y en otras propensiones análogas que producen ahora su fruto natural. Por culpable que sea, tal vez la mas inocente de las propensiones de nuestra generacion ha sido la incuria con que ha visto esparcirse la inmoralidad, sin emplear la actividad, el celo y los recursos materiales en cosas de mas provecho y preferencia que la propia comodidad, la vanidad personal y los gustos y antojos individuales.

Hoy, despues que las calamidades de la patria se han dejado y se dejan todavía ver en el prólogo de este drama que comenzó en setiembre de 1868, hoy que podemos haber apreciado y aprendido en el ejemplo de otras naciones mas poderosas la facilidad con que sobrevienen á un pueblo calamidades todavía mayores que las nuestras, hoy nuestra generacion ni aprende ni escarmienta. Mira en ageno y poderoso pueblo castigado duramente con la vergüenza de la debilidad y de la derrota el aparente vigor falseado por el sensualismo; mira en agenos y mas enriquecidos pueblos acrecentarse los apuros, ponerse en aprietos el crédito público, amontonarse gran cuento de ruinas particulares, hacerse menos inverosímil y menos lejana la ruina general; y sin embargo, todas estas lecciones y ejemplos prácticos que tiene á la vista, no deben de servir sin duda para enseñarle algo, cuando nada muestra aprender.

Es indudable por lo tanto que á nuestra generacion no le bastan, para hacerla retroceder en su desviada senda, los muchos ejemplos históricos, ni los escarmientos recientes, así los propios como los agenos. En el conjunto de nuestras aficiones, de nuestras costumbres, de nuestros hábitos y deseos, no se descubre modificacion alguna; nuestra generacion no ha escarmientado: hoy es tan dada al materialismo, como lo era ayer: hoy concede al lujo y

á la ostentación la misma preferencia y veneración idolátrica que le concedía ayer; hoy se hace gala del vicio, no como ayer, sino con mas desenvoltura que ayer.

Si la porfía en excesos anteriores produjo las presentes calamidades, claro está que la porfía en los abusos presentes ha de producir calamidades posteriores. Y así como el abuso se agrava en su porfía, así habrán de agravarse las calamidades, para guardar proporcion con la gravedad de su causa. Podrá ser que por este camino se llegue á una salvación, y se obtenga un remedio; pero será por efecto de los desengaños, de los escarmientos, del arrepentimiento, que por regla general, si obran con alguna lentitud en los individuos, mucho mas lentamente suelen determinarse y desenvolverse en las colectividades. Y con respecto á nuestra sociedad, ¿por dónde se adivina que haya comenzado la obra de los desengaños, de los escarmientos, del arrepentimiento? ¿Se anuncian estos por ventura con la mayor procacidad y ostentación de los vicios que en todos tiempos han sido el descrédito y la ruina de las sociedades y de los pueblos? Pues, si el mal está mas arraigado y propagado y desenvuelto que nunca, y no se combate con mayor eficacia y actividad, ¿por dónde puede ser cuerdo el anuncio de la próxima reaparición y predominio del bien? ¿de cuándo acá se ha visto ocurrir semejante fenómeno en el orden moral ni en el orden físico?

Ya lo hemos dicho: nuestra sociedad no camina á un remedio, sino á la agravación y á la exageración de las causas que determinaron la presente decadencia; y pues las causas subsisten y se agravan, subsistirá y se agravará el efecto, y de la decadencia pasaremos á la ruina. Y del fondo de la corrupción no todos los pueblos se levantan; y si algunos lo consiguen, es sufriendo mucho, trabajando mucho, y pasando mucho tiempo.

¿Qué es de la propaganda del bien en nuestros días? Demos al olvido lo pasado, y fijémonos en las necesidades confesadas por todos. Quéjense muchos del crecimiento de la corrupción, de la falta de creencias, del desarraigo de los buenos principios, de los fraudes, de las traiciones, de las felonías, de la inmoralidad en sus múltiples y variadas formas y denominaciones. Y ¿de qué se hace propaganda para combatir esos males? ¡Ah! principalmente se hace propaganda de partido político. ¡Miseria!

La política por sí sola, un periódico político por sí solo, una forma de gobierno por sí sola, ¿infundirá creencias á quien no las tenga? ¿enseñará á la prostitución el modo de estimar la honra? ¿quitará el inmoderado apego á los intereses materiales? ¿convertirá al vicioso? ¿hará que la virtud, ataviada ó sin ataviar, sea mas atendida y respetada que la brillante posición y el pulimento de la riqueza?

Puede una forma de gobierno ayudar mas que otra á que la corrupción se acreciente, pero no hay forma alguna de gobierno en la que esté vinculado el don de la moralidad. Establézcase el gobierno que se quiera; que si la sociedad se restaura, será por

efecto, no de la política, sino de la propaganda moral y religiosa que á su sombra se haga. Si pues mañana, bajo un gobierno ó bajo otro gobierno, se ha de comenzar la única y verdadera restauración social por la propaganda moral y religiosa, ¿por qué no se comienza ahora por aquí? ¿por qué se dá tan señalada preferencia á la propaganda de partido político?

¡Ah! lo diremos con toda llaneza: se va en busca de una situación política, en que engañándonos á nosotros mismos, demos á nuestra conciencia facultad para dormir tranquila en su inacción. Sí, esto es lo que se busca. Se quiere un gobierno que reprima la irreligión, castigue los delitos, y cohiba los insultos de que es objeto la moral; se quiere un gobierno que nos ahorre el trabajo de tener que luchar con la incredulidad; se quiere un gobierno que no consintiendo la desenvoltura del vicio, nos permita hacernos la ilusión de que el vicio sea corregido, y ya no ha de hacer tan necesaria y urgente la propaganda directa de la virtud. Mas claro, no se busca un buen gobierno para salvar a la sociedad; antes que esto, se desea salvar nuestra comodidad de permanecer en la inacción y en la incuria; se busca un buen gobierno como pantalla, que aparentando mejorada la sociedad, nos quite de encima el cuidado de trabajar activa y eficazmente en mejorarla.

Dígase ahora si puede ser mas grave la situación. La corrupción es la muerte de los pueblos; y para atacar de frente nuestras deformidades sociales, lo encomendamos todo á la futura política que un gobierno siga. Los pueblos no se restauran ni se rehabilitan por la política, sino por la moral. En la propaganda del bien, la política y la forma de gobierno pueden ser un accesorio, pero ni son lo primero ni son lo principal.

Los innumerables mártires y cristianos de los tres primeros siglos iban directamente á una restauración social; y comenzaron por enseñar la moral, por predicar la moral, por practicar la moral. Hicieron una verdadera, constante y eficaz propaganda; no disfrutaban de la holgura, de la tranquilidad, ni de los medios de que nosotros disponemos; y sin embargo no se les ocurrió hacer propaganda política, ni mucho menos anteponerla á la propaganda moral, ni pidieron á los emperadores de Roma que cambiasen la forma de gobierno, ó que cediesen su puesto á determinados gobernantes. A los emperadores, á las autoridades, á los particulares, nunca les enseñaron de palabra y de obra sino esta máxima: Sed cristianos.

Costosa fué su propaganda, duró trescientos años; á los tres siglos apareció Constantino; la semilla estaba ya bien sembrada. Nosotros, los españoles contemporáneos de la revolución de setiembre, sembramos apego á los intereses materiales, afición al lujo, estímulos á la inmoralidad, y predicamos política: esparciendo esta semilla, ¿puede darse por asegurada y próxima una buena cosecha?

Los mártires de los primeros siglos de la era cristiana esperaron trescientos años: nosotros, los españoles contemporáneos de la revolución de setiembre, creemos haber esperado mucho con esperar

tres años, y conservando y acentuando mas nuestras malas propensiones, creemos haber contraido bastantes méritos para considerar que el remedio está próximo.

Vino al mundo la revolucion francesa de 1789. No queremos hacer mérito de la horrorosa y sin igual hecatombe, ocasionada en breve tiempo por la guillotina, y en el trascurso de unos veinte años por las guerras que dejaron sangrientas huellas en toda Europa. Por desusado y escepcional y estremecedor que este cuadro sea, al fin y al cabo comienza en 1793 y termina en 1814. Es un hecho que la revolucion francesa con todos sus horrores y exageraciones iba directa á la creacion de un nuevo modo de sér de los pueblos. Italia, Portugal, Francia y España, toda la raza latina ha tomado de la revolucion francesa el espíritu de libertad, á que se han acomodado los estatutos y las constituciones vigentes. No importa para nuestro objeto la consideracion de haberse simultaneado con el sistema liberal estas ó aquellas desventuras y calamidades públicas; siempre han de resultar demostrados estos dos hechos: 1.º la revolucion francesa entrañaba algunos principios que produjeron el modo de sér de los modernos pueblos; 2.º ese modo de sér no ha dado prueba de pasajero cuando su historia alcanza casi á cien años.

La gran revolucion religiosa del siglo décimo sexto esparció por una gran parte de Europa, y ha esparcido posteriormente por toda la tierra, el espíritu del libre exámen, la hostilidad á la santa sede, la negacion de varios dogmas, y una gran variedad de abusos y errores. Pero la llamada reforma se reservó el derecho de imponer creencias religiosas, y señaló un modo de sér á los pueblos y á las colectividades que se acogieron á ella. No pongamos en cotejo la historia de los pueblos católicos y de los pueblos protestantes, ni por aquí tratemos de aquilatar las mejores ó las peores condiciones de unos y otros. Sea cual fuere el juicio que sobre este punto de discusion se forme, no pueden negarse dos hechos: 1.º la reforma protestante profesaba creencias religiosas; 2.º la reforma protestante tiene todavía, despues de trescientos años, á pueblos enteros sometidos á su modo de sér social y religioso.

Cimitarra en mano fué propagada é impuesta la religion de Mahoma: por espacio de muchos años llegó á ser su secta el terror de los pueblos cristianos; y despues del poema nunca bastante admirado de la reconquista española, y despues de las memorables jornadas de Lepanto y de Viena, se han necesitado siglos para reducir al islamismo á su presente estado de impotencia y casi de menosprecio para la Europa culta. El islamismo que tantas veces y por espacio de siglos enteros puso en zozobra y en consternacion á la Europa, imponía principios de moral, enseñaba creencias religiosas, y conducía á los pueblos por la senda de una cultura material, de que todavía nos envanecemos los es-

pañoles, señalando al arte arquitectónico un modelo en la Alhambra de Granada, y á nuestra descuidada agricultura un estímulo en la rica vega de Valencia, fertilizada desde siglos por los canales de riego y sus hijuelas.

¿Qué son, qué valen, qué representan estas tres grandes y desastrosas revoluciones, comparadas con la revolucion que ha tenido en nuestros tiempos su comienzo? El islamismo y el protestantismo obraban en nombre de ciertas creencias, la revolucion francesa obró en nombre de ciertos principios políticos, mas la revolucion moderna ni tiene principios políticos, ni profesa creencias; lo niega todo, lo destruye todo, lo desecha todo. Véase como por su fondo y por sus tendencias la revolucion es ahora mas radical, mas grande, mas profunda que ninguna de las grandes revoluciones que se han desatado sobre la Europa.

Las anteriores revoluciones hubieron de luchar con sus enemigos; la revolucion presente no tiene enemigos: los mismos que piden que se la combata á sangre y fuego, hacen propaganda práctica de incredulidad, propaganda práctica de satisfacciones sensuales, propaganda práctica de adoracion á la riqueza; y esto basta y sobra para que los pobres digan: ya que por lo visto no hay sino esta vida, soy tan hombre como los demás, y tengo derecho á gozar con la vida y no quiero penar con la vida.

Contra el islamismo hubo la cohesion de todos los príncipes cristianos; contra el protestantismo hubo la resistencia de los monarcas católicos; contra el liberalismo ha habido una larga serie de revoluciones, motines, desengaños, y otras contrariedades que hubieran debido levantar general descontento: mas contra el apego á los goces de la vida, verdadera síntesis de la revolucion que comienza, no hay sino el apego á los goces de la vida.

Nos encontramos en una situacion análoga á la de los pueblos degenerados y débiles sobre los que se derramó la irrupcion de los bárbaros del Norte. La revolucion es poderosa, nosotros somos débiles y estamos divididos: la revolucion no tiene creencias ni principios practicables; nosotros vivimos en la indiferencia, en la incredulidad, en el ateismo, y políticamente somos la personificacion del desconcierto.

A la vista de la aglomeracion de las tribus bárbaras junto á las fronteras del imperio romano, dividido con gran tacto político en los imperios de Oriente y Occidente para asegurar mejor la defensiva, á la vista de ese grave peligro que por espacio de un siglo se estuvo preparando, como se amontonan y condensan las nubes preñadas de borrasca, ¿qué hicieron los emperadores? El interés comun y la prevision habia de llevarles á una estrecha alianza; pero la codicia de superioridad y de mando les echó el lazo de la rivalidad, y en vez de conjurar el peligro, lo apresuraron. No se concibe tan singular incuria, no se comprende la obcecacion de los emperadores de Oriente y de Occidente que se disputaban la superioridad, mientras el enemigo comun, cada dia mas fuerte y poderoso, amenazaba poner tér-

mino á la rivalidad adjudicándose los dos imperios. Por inconcebible que el hecho parezca, es histórico; fué un gran desacierto, pero se cometió á sabiendas.

Algun día se escribirá la historia de los presentes tiempos, y tampoco se acertará á comprender las rivalidades en que malgastamos años y malversamos recursos. Desde largo tiempo viene condensándose un gravísimo peligro, se prepara á nuestra vista, conocemos su trascendencia; y en vez de aunarnos para dictar la ley al enemigo comun, plácenos mas andar en divisiones y meter cizaña y avivar las rivalidades. Si aunados podríamos difícilmente conjurar el peligro, ¿lo conjuraremos mejor en el aislamiento? Los emperadores aludidos cometieron la imperdonable bajeza de anteponer su amor propio de rivales, hasta el punto de llamar por auxiliares á los bárbaros: tambien hay entre nosotros almas bajas y miserables que en su corazon invocan el petróleo para correr los azares de asegurar su predominio en la general desventura. Semejante obcecacion no se concibe, semejante vileza no se comprende, pero es un hecho.

Las invasiones de los bárbaros, cada día mas osados, provocaron la natural defensa, y mas de una vez los invasores fueron rechazados con ignominia. Sin embargo, el peligro subsistia. Si los contemporáneos creian estar seguros en sus casas, se hacian ilusiones con respecto á la gravedad de su situacion; y si confiaban que en venideros peligros habia de haber siempre generales afortunados que rechazasen al invasor, no comprendieron que en el ataque habia de haber mas tenacidad que en la defensa.

Análoga es la situacion presente. Tienen por duraderos y definitivos los triunfos obtenidos sobre ciertas erupciones revolucionarias; ilusion! el peligro subsiste, los elementos que han promovido una erupcion habrán de intentar cien erupciones.

Entre todas las crisis históricas, la irrupcion de los bárbaros es la que guarda mayores analogías con la presente crisis. Los bárbaros amenazaban con preferencia el Occidente y el Mediodía de Europa; la revolucion social sigue amenazando con preferencia el Occidente y el Mediodía de Europa. Los bárbaros atacaban todas las creencias, todas las instituciones, todos los principios establecidos; la revolucion social aspira á la desaparicion de todas las creencias, de todas las instituciones, y de todos los principios establecidos. Los bárbaros no trataban sino de asolar, incendiar y destruir; esta es tambien la consigna de la revolucion social. Los bárbaros carecian de instituciones propias que pudiesen dar vida y estabilidad á los pueblos invadidos; la revolucion social no profesa sino utopias impracticables con las que seria imposible dar estabilidad y vida á los pueblos. Los bárbaros estuvieron amenazando por espacio de muchos años hasta realizar su irrupcion definitiva; la revolucion social está amenazando años ha con intentar un esfuerzo general y definitivo. Los bárbaros fueron rechazados en sus primeras investidas, y aun sufrieron descalabros y derrotas de consideracion; la revolucion social ha

visto rechazadas sus primeras tentativas, y ha sufrido descalabros. Los bárbaros no se desalentaban y escarmentaban con sus derrotas; la revolucion social no se desalienta ni escarmenta con sus contratiempos y reveses. Los bárbaros, sucumbiendo á miles, siendo desarmados á miles, y viendo aniquilados por completo ejércitos suyos, hallaban medio de reorganizarse y armarse; lo mismo sucede á la revolucion social. Los bárbaros fueron indomables en su porfía; la revolucion social es tambien indomable. Los bárbaros unidos y compactos vieron la prenda segura de su victoria en la division y en la corrupcion de los pueblos gastados por la caduca civilizacion de la antigua Roma; la revolucion social, unida y compacta para destruir, ve la prenda segura de su triunfo en la division y en la corrupcion de los pueblos gastados por el sibirismo de la civilizacion moderna. ¿Se quieren mas analogías?

Al fin la influencia salvadora de la Iglesia pudo sobreponerse á la barbarie; pero las desgracias estaban hechas, las ruinas estaban amontonadas, las víctimas yacian en el campo del reposo. La Iglesia para dominar á los bárbaros hubo menester mucha paciencia, muchos esfuerzos, mucho tiempo; y tuvo en su favor la entereza de la fé, la austeridad de las costumbres monásticas, y la superioridad de ilustracion por parte del clero. ¿Contamos ahora con estos elementos en igual grado que se contaba en los siglos v y vi? Sin ofender á nadie, bien podemos presumir que la obra de la Iglesia sin un gran milagro habrá de ser ahora mas difícil, mas paciente, mas larga, porque ahora ni está viva la fé, ni se reconocen como entonces podian reconocerse la austeridad de costumbres, la abnegacion y el desprendimiento; y la barbarie de ahora viene en nombre de la ilustracion, ama el discutir y no se rinde al prestigio de la reputacion científica: todo lo mas que puede esperarse de ella, es que algun día se deje vencer por la razon.

Nosotros admitimos, y firmemente creemos, que la influencia de la Iglesia ha de salvar y regenerar á los pueblos; así lo creerian tambien los fieles cristianos que fueron contemporáneos de la irrupcion de los bárbaros. Sin embargo se necesitaba tiempo, se necesitaba paciencia, se necesitaba actividad, se necesitaba constancia, se necesitaban víctimas. Pasado el primer momento de la irrupcion, á unos desastres sucedieron otros desastres, á unas guerras sucedieron otras guerras, á los reyes bárbaros sucedieron los reyes arrianos; y si al fin predominó en Recaredo la salvadora influencia de la Iglesia, no fué para aprovechar á las dos ó tres generaciones que en los ciento setenta y un años transcurridos habian pasado ya los umbrales de la eternidad.

La expiacion es indispensable. ¿se quiere por ventura invertir el órden, y que nosotros disfrutemos los mas halagüeños tiempos de Recaredo, y que los venideros, que no tienen la culpa de nuestros desvíos, batallen con los desastres y las desventuras que señalaron los tiempos de los reyes bárbaros y

arrianos que precedieron á Recaredo? ¿O se quiere que por esta vez se prescindiera de la ley providencial y lógica de la expiación? Y llevando á mas osado punto las pretensiones, ¿se quiere que la Providencia negada ó escarnecida, la sociedad insultada y desquiciada, la justicia envilecida, la lealtad olvidada, y la pobreza y la humildad pisoteadas, se den por satisfechas con la parcial é ineficaz expiación sufrida hasta el presente? ¡Oh! no.

Estamos todavía en los primeros tiempos de la irrupción; las mezquinas bullangas y revoluciones que hemos presenciado en nuestros días, no son probablemente sino aquellas primeras acometidas de los bárbaros del Norte que eran rechazados á sus bosques. Nosotros las contemplamos inactivos; en vez de aunarnos, seguimos acrecentando nuestras divisiones; en vez de vigorizarnos, seguimos prestando complaciente tributo á los halagos innobles de la civilización moderna. La inmoralidad es nuestro punto flaco; y nosotros, en vez de reforzarlo con la propaganda moral, queremos hacerlo fuerte principalmente con la propaganda de partido político.

## CRÓNICA.

El 25 de julio recibió Pio IX á los alumnos del colegio de padres Escolapios llamado del Nazareno, en la sala conocida con el nombre de sala de las Tapicerías, contestando en los términos siguientes al discurso que fué leído por el alumno Francisco Zamperoli:

«Todo lo que acaba de decir ese jóven, es verdadero. Habiendo pasado mi infancia bajo la protección de San José de Calasanz, he querido, como es natural, acordarme á menudo de los maestros de mi juventud, haciéndoles algunas visitas y dispensándoles algunos pequeños favores.

En cuanto á vosotros, mis queridos hijos, haced como los antiguos navegantes, que empleaban toda clase de recursos para evitar á las sirenas. ¡Oh! hoy existen muchas sirenas, tanto en los hombres como en las mujeres; sirenas harto peligrosas, para la juventud principalmente, puesto que inspiran el desprecio de las cosas sagradas por cuantos medios les sugiere su perversidad.

Un gran número de romanos prefieren aún las instituciones actuales, es verdad; pero la prolongación del presente estado de cosas puede ser peligroso para ellos mismos. Puede suceder en efecto que algunos, cansados del gobierno sacerdotal, prefieran otro distinto. En vista de esto, cerrad vuestros oídos á los discursos perversos, y no escuchéis á los que difaman todo lo que existe de mas sagrado.

La fuerza que para esto necesitareis, la obtendréis por la oración. Vuestra capilla acaba de ser restaurada y agrandada; de este modo podéis rogar con más fervor. Recordad siempre que la oración debe partir del corazón. Dirijios á María, á quien se venera en aquel oratorio bajo la advocación de Nuestra Señora de Loreto, encomendaos á ella y á vuestros santos protectores.

Vosotros tenéis un ángel custodio que os acompaña siempre, lo mismo en la escuela que en la calle. Bendigaos Dios y confirmeos en vuestros sentimientos. La mayor riqueza que podeis poseer es la fé, y la fé os hará buenos y honrados á los ojos de las personas sensatas.

Al propio tiempo bendigo á vuestras familias, rogando á Dios que esta bendición os fortifique en la práctica de vuestros deberes y os acompañe hasta la muerte.»

En el mismo día 25 recibió el sumo pontífice á la numerosa congregación de las hijas de María, compuesta casi

toda de jóvenes de corta edad, vestidas de blanco, llevando al cuello pendiente de una cinta azul la medalla de la Inmaculada Concepción distintivo de la congregación. Pio IX contestó al tierno mensaje, que fué leído por la Sra. Teresa Pomponi secretaria de la congregación, en los siguientes términos:

«Tened presente que el deber de una escuela de jóvenes vírgenes como la vuestra, es el de seguir á Jesucristo con vuestro amor y con vuestras obras; acordaos que se dice de él: *Quocumque tendis, virgines sequuntur*. Es necesario seguir á Jesucristo con el cumplimiento de nuestros deberes, con el trabajo, en una palabra, con el sacrificio de la propia voluntad. Esto es algunas veces una cosa dura para niñas como vosotras; pero es necesario comenzar desde muy pequeñas á doblegar la voluntad, porque cuanto mas tarde se intente tanto mas penoso y difícil es conseguirlo. *Adolescens juxta viam suam etiam cum senuerit non recedet ab ea*. En comenzando con oportunidad, la voluntad persevera con mas facilidad en el bien. Rogad á Nuestro Señor Jesucristo y seguidlo, que él sabrá recompensaros: volved á vuestros hogares con mi bendición.»

El día 29 de julio, en el acto de proveer los obispados vacantes, se dignó el padre santo dirigirse á los nuevos prelados, pronunciando este notable discurso:

«Con placer veo presentes en este acto á los obispos de Chiusi y de Liorna; puesto que se trata de estas diócesis, quiero deciros algunas palabras respecto á ellas. Las dos recibieron mi bendición cuando tuve que atravesarlas para dirigirme á Toscana. El pueblo de Toscana me recibió en general con alegría, acudiendo gran número de personas de todas partes; todos demostraron una gran devoción y un vivo deseo de obtener la bendición del papa. Si bien no entré en Chiusi, bendije á la población desde sus puertas, como durante el trayecto lo hice con la diócesis de Pienza que le está incorporada.

Con la ayuda de Dios llegué por fin á Liorna. En esta ciudad entré y llegué hasta la plaza. Os recordaré que Liorna ha abrigado siempre en su seno á algunas personas extraviadas; el pueblo es bueno, pero entre sus masas existe cierto número de mal intencionados. A consecuencia de esto llegó á dudarse de la conveniencia de mi entrada, porque se temía algun alboroto. El mismo gran duque deseó que quedara sin efecto esta parte de mi itinerario. A pesar de estos temores, con la ayuda de Dios entré en la ciudad, en la cual reinó calma inalterable. Desde el balcon de una casa que hay frente á la catedral, di mi bendición á un gran número de personas. Recuerdo que el gentío era inmenso, tanto que no solamente estaban llenas las calles y balcones, sino tambien las azoteas y tejados.

Estas dos diócesis han sido benditas por el vicario de Jesucristo, y creo que esta bendición producirá sus frutos, frutos que serán aun mas abundantes hoy que sus obispos se dirigen á ellas. Por conducto de sus pastores les reitero mi bendición, abrigando la esperanza de que esta bendición, unida al celo de sus obispos, mantendrá intacto el tesoro de la fé de esos pueblos, contra el que se dirigen hoy la mayor parte de los tiros de los impíos. Esperamos que esta fé aumentará, especialmente en Liorna. Si la bendición del papa produce siempre buenas consecuencias, seguramente Liorna será la privilegiada; porque no ha sido una, dos ni tres veces la que ha recibido mi bendición, que han sido innumerables las bendiciones que le he concedido.

Sin embargo, existen aun algunos obcecados en ese país. De él procede un cierto *periodista judío*, que no contento con intrigar en Roma, ha marchado á Frascati á continuar su obra. Espero que san Pedro, que es un santo muy poderoso, y á quien se venera en su catedral, defenderá á Frascati haciendo abortar las intrigas del perturbador.

Os bendigo de nuevo á vosotros, á vuestras diócesis y á vuestras familias.»